

Pues á ninguno en ella conocia,  
Soprendióse; y el hombre que en su frente,  
De su pecho el temor crudo leía,  
Para calmar su bárbaro tormento,  
Le dijo con muy dulce y tierno acento.

Mas quiero antes de pasar  
Con mi leyenda adelante,  
Quien era el hombre contar  
Que fuera en aquel instante  
Al sacerdote á buscar.

Y tambien hacer saber,  
Como es para mi un deber,  
Que aunque hoy esté prohibido  
En Bilbao coche el tener,  
Era entonces permitido.

Que las cosas han variado  
Mucho desde el tiempo aquel,  
Y no estaba tan aseado  
El pueblo de Bilbao fiel,  
Cual hoy, ni tan hermozeado.

Pero volvamos al hombre  
Que á llamar al monge fuera;  
Y aunque el buen lector se asombre,  
Sepa que Miguel el nombre  
Del que entró á su casa era.

Don Miguel, sí, que tirano  
Iba á su esposa á matar,  
Y queria, cual cristiano,  
Hacerla antes confesar  
Para salvar su alma ufano.

—No temais nada de mí,  
Padre, cese vuestro espanto:  
Pues de una niña el quebranto,  
De su fin próximo el llanto  
Me obligan á entrar á aquí.

Id á su lado, señor,  
Que en su amargo desconsuelo  
Os llama con fiel anhelo,  
Pues quiere, al dejar el suelo,  
Que seais su confesor.

Venid, pues, sin dilacion,  
No temais la noche fiera,  
Que abajo mi coche espera,  
Venid, no sea que muera  
La infeliz sin confesion.

—Donde me llama el deber,  
Dijo el padre, he de acudir:  
Vamos al punto á salir,  
Y antes que llegue á morir  
Salvemos á esa muger.

Y sale al punto  
Con aquel hombre,



Sin que le asombre  
La tempestad;  
Y al coche suben  
Ya sin sosiego,  
Y marchan luego  
Con ansiedad.

Mil calles dejan  
Atrás al punto:  
El padre junto  
Del otro está;  
Y juzga, al verle  
Triste y callado,  
Que el desdichado  
Sufriendo va.

Y de él al punto  
Compadecido,  
Que dé al olvido  
Dice el pesar;  
Mas sus palabras  
No hallan respuesta:  
Nada contesta:  
No quiere hablar.

Porque una pena  
Dentro del alma  
Lleva, y sin calma  
Va y sin quietud.  
Es el terrible  
Remordimiento  
Que dá tormento:  
Que dá inquietud.

El coche en tanto  
Marcha lijero,  
Como velero  
Buque en la mar.  
Luz en las calles  
No hay la mas leve,  
Y á mares llueve  
Ya sin cesar.

El viento zumba,  
Y el rayo estalla,  
Y el cielo se halla  
Negro do quier;  
Y el coche sale  
Ya de la villa,  
Y el agua brilla  
Fuerte al correr.

El padre viendo  
Que el hombre guarda  
Silencio, y tarda  
Do va en llegar,  
Teme un instante  
Que con engaño,  
Para su daño  
Le fué á llamar.

Y muy mas teme,  
Cuando se alejan,  
Y á Bilbao dejan  
Ya muy atrás;  
Y que por sendas



Desconocidas  
Muy escondidas,  
Llévale á mas.

—¿Do vamos, dice

Sobresaltado,  
El engañado

Padre, decid?

¿Está ya cerca  
Vuestra morada?

¿O retirada

Está aún? oid.

Callado sigue,

Y no responde,

El hombre á donde

Le va á llevar;

Y el sacerdote

Tembló al momento,

Y de su asiento

Se alzó así á hablar.

—Caballero, mandad que vuestro coche  
No se adelante más, porque voy solo,  
Y la villa el dejar así de noche,  
Es esponerme á padecer un dolo.

Y aunque ministro soy del alto cielo,  
Y debo de amparar al moribundo,  
No he de pasar de aquí, porque recelo  
Que horrores solo preparais al mundo.

Pues si, cual vos dijisteis, peligrara  
La vida de esa jóven, no afanoso  
Por confesor hasta Bilbao llegara  
Teniendo fuera un santo religioso.

Haced, pues, que volvamos al instante  
A do me habeis sacado, caballero,  
Porque no he de pasar mas adelante  
Cuando el alma me anuncia algun mal fiero.

Al oir Don Miguel tal advertencia,  
Sorprendido quedó, mudo y sin calma,  
Mas llevado despues de su impaciencia,  
Sintió con mas furor latir el alma.

Y asiéndole con mano, asaz fornida,  
Al sacerdote fiel de la garganta,  
Con un puñal amenazó su vida,  
Cuya punta agudísima le espanta.

—Seguidme, dijo, si temeis la muerte,  
Pues á cualquiera voz que deis os mato:  
Nada á temer llegueis por vuestra suerte,  
Que á Bilbao volvereis dentro de un rato.

Guardó silencio el padre con recelo  
Porque su conductor ya no le ofenda,  
Y este, sacando entonces un pañuelo,  
Con él los ojos al primero venda.

Caminó así con grande sobresalto  
El sacerdote, sin quietud el pecho,



Hasta que el coche al fin llegó á hacer alto  
Después de haber andado un largo trecho.

Y le obliga

A que baje

Del carruaje

Sin hablar;

Y su mano

Coje luego,

Y cual ciego

Le hace andar.

Llena el agua

De tristura

La llanura

Por do van;

Y ya el padre

Crée que en breve,

Muerte aleve

Le darán.]

Y camina

Silencioso,

Sin reposo,

Sin valor;

Y del trueno,

En triste lucha,

Aun escucha

Su fragor.

Y á torrentes

Aun caia

La agua impía

Sin cesar;

Y él mil vueltas

Sin ver daba,

Y marchaba

Sin hablar.

Mas al cabo

De un momento,

Cesó el viento

De silbar;

Y la lluvia

No mojaba,

Do él llegaba

Ya á pasar.

Y conoce

Que á una casa

Entró, y pasa

Con temor;

Y camina

Ya sin calma,

Llena el alma

De pavor.

Callejones

Mil torcidos

Y escondidos

Pasa ya;

Y oye el ruido

De las puertas,

Que á él abiertas

Son do va.



Baja pronto  
Una escala  
Larga y mala,  
Y tembló;  
Y allí el guía,  
Sin recelo,  
El pañuelo  
Le quitó.

---

Mira el padre que ha llegado  
A un estrado  
Do hay tapices ricos, mil;  
Y ve que de su techumbre,  
Viva lumbre  
Derrama un rico candil.

---

Y ve, en vasos de colores,  
Presas flores,  
Aroma grato exhalar;  
Y muy mas que ellas preciosa,  
A una hermosa  
Con su lloro las regar.

---

Es la cándida María,  
Que jemia  
Sin calma allí y sin quietud;  
E iba á recibir la muerte,  
Porque, fuerte,  
Defendiera su virtud.

---

Al verlos entrar, los ojos  
Abrió, y flojos  
A bajarlos los volvió;  
Y en nuevo dolor se abisma,  
Y en la misma  
Flor que antes lloro vertió.

---

Pálida la faz tenia,  
Do se vía  
Retratado su candor:  
Suelto el cabello en mil rizos,  
Sus hechizos  
Mostrando al par del dolor.

---

Ahí teneis la desgraciada,  
Condenada  
La dura muerte á sufrir.  
Dijo Miguel, sus pecados  
Desdichados,  
Oidla, que va á morir.

---

Ninguna enfermedad tiene;  
Mas conviene  
Que perezca, y vive Dios,  
Que si intentais el salvarla,  
Al matarla  
Tambien os mataré á vos.

---



Cumplid vuestro ministerio,  
Y el misterio  
Solo, vos, padre, sabreis;  
Y cuando hayais concluido,  
Conducido  
A vuestra casa seréis.

---

—¡Ah! dejad por un instante,  
Que á mi amante  
Hijo abrace por favor....  
Dijo la infeliz Maria;  
Mi agonía,  
Miguel, calma y mi dolor.

---

Deja, esposo, antes que espire,  
Que le mire  
Y bese su blanca faz.  
De rodillas te lo ruego,  
Porque luego  
Contenta muera y en paz:

---

—Tantos ruegos son en vano,  
Nunca humano  
Ya María me has de ver.  
Contestó Miguel; el niño,  
Tu cariño  
No ha de gozar, vil mujer.

---

Y salióse apresurado  
Del estrado,  
Dejando á los dos allí;  
Y Maria, sin consuelo,  
Con anhelo  
Dijo al sacerdote así.

---

¡Ah! salvadme  
Padre mio,  
De ese impio  
Que me quiere asesinar:  
¡Que es, Dios santo,  
Dura suerte,  
Ver la muerte  
Nuestra vida al empezar.

---

¡Ir tan jóven  
A la tumba!....  
Cuando zumba  
Aún en mí la voz de amor!....  
¡Cual la rosa  
Nacer bella,  
Y cual ella  
Morir pronto sin color!....

---

No; no creo  
Que alguien quiera  
Que yo muera,  
Cuando á ninguno ofendí.  
¡Ah! conozco



Que es delirio,  
El martirio  
Que esperaba contra mí.

---

Mas ¿no dijo  
Ya el tirano  
Inhumano,  
Que mi sangre ha de verter?...  
¡Sí.... no hay duda!....  
Ya recuerdo....  
Hoy, hoy pierdo  
La vida sin merecer!....

---

¡Y mi hijo!....  
¡Cielo santo,  
De mi llanto  
Tened piedad por favor!....  
Quiero verle  
Y abrazarle  
Y besarle,  
Y demostrarle mi amor.

---

Fiel ministro  
De consuelo,  
Que ese cielo  
Ha mandado hoy ácia mí,  
¡Ah! salvadme  
Desde luego....  
Yo os ruego  
Que no me dejeis aquí!

---

Sacerdote.—Tierna jóven  
Inocente,  
Cuya fuente  
Revela santa virtud,  
No apetezcas  
Esta vida  
Corrompida,  
Que acaba en el atahud.

---

Hay un Padre  
De ventura,  
Muger pura,  
Que te espera en su mansion.  
Allí eternas  
Son las dichas:  
Las desdichas  
Deje aquí tu corazon.

---

Yo no puedo,  
De la muerte  
Cruda y fuerte,  
Que te preparan, salvar.  
Valor, hija,  
Que tu alma,  
Pronto en calma  
De la gloria irá á gozar.

---

Dí tus culpas,  
Hija mía,  
Cuanta impia



Pena sufra el corazon.  
Dilas todas,  
Porque tu alma  
Suba, en calma,  
A la angélica mansion.

---

Maria.—¿No hay remedio,  
Padre mio?  
¿Yerto y frio  
Mi cuerpo va ya á quedar?..  
¿Son los hombres  
Tan malvados,  
Que así airados  
Sin crimen me han de matar!....

---

Sacerdote.—Dios lo tiene  
Ya dispuesto:  
Decid presto  
Vuestras culpas, con fervor.  
Si, decidlas,  
Cual pretendo,  
Bendiciendo  
La voluntad del Señor.

---

Y Maria,  
Desolada,  
Ya postrada  
Del Sacerdote á sus piés,  
Dijo todos

Sus pecados;  
Y callados  
Ambos quedaron despues.

---

Y elevando,  
Con anhelo,  
Acia el cielo  
Los ojos la esposa fiel,  
Dijo al cabo  
Suspirando,  
Derramando  
Lágrimas de amarga hiel.

---

Padre amante,  
Dios eterno,  
De mi tierno  
Hijo inocente cuidad.  
Yo le dejo  
Sin consuelo,  
Vos del cielo  
Sus tiernos pasos guiad.

---

Conducidle  
Por la senda,  
Do no ofenda  
A vos en nada, Señor.  
Yo os lo pido  
Aquí rendida,  
De mi vida  
Como el último favor.



Calló entonces  
Un momento,  
Un lamento  
Lanzando del corazon;  
Y tras otro  
Rato breve,  
Con vos leve  
Demandó la absolucion.

~~~~~  
Todo oculto  
Presenciaba  
Y escuchaba,  
El infame don Miguel.  
Y al ministro  
Ve la absuelve,  
Y que vuelve  
Ella á llorar sobre él.

~~~~~  
Mas este hombre,  
Que tirano  
E inhumano,  
Miró su lloro correr,  
De su estancia  
Salió airado,  
Despiadado,  
En su virtud sin creér.

~~~~~  
Y blandiendo  
Fuertemente

El luciente  
Y terrífico puñal,  
Escondiólo,  
Con despecho,  
Dentro el pecho  
De su esposa angelical.

~~~~~  
Cayó al suelo,  
Ya espirante,  
Al instante  
Que la herida recibió.  
“Te per.... dono....  
„Si.... impru.... dente....  
„Y.... no.... cente....  
Mue.... ro!”... dijo; y espiró.

~~~~~  
Un trueno terrible se oyó en el instante.  
Un rayo brillante do estaban cayó:  
Tembló rebramando la tierra un momento,  
Y un triste lamento de entre ella salió.  
Y luego una dulce voz suave y sonora,  
Cual de ángel que mora do se halla el Señor,  
Dejóse en los aires oír, y la estancia  
De grata fragancia llenóse y de olor.

—;Miguel!... escuchóse la voz que decia,  
La muerte que impia me acabas de dar,  
Me ha abierto las puertas del plácido cielo,  
Que pura en el suelo viví sin pecar.



Tu mano terrible mi sangre inocente  
Vertió que tu frente llegó á salpicar;  
Mas Dios, por mis ruegos, tu crimen olvida,  
Si guardas tu vida tal mancha á lavar.

De tu hijo inocente que dejo en el mundo,  
Con celo profundo vigila, Miguel,  
Sus pasos primeros haz marque en la senda  
Do al Dios nunca ofenda que vela por él.

Y vos, fiel ministro de un Ser de clemencia,  
Que tanta inclemencia llegasteis á ver,  
Guardad de este caso secreto profundo,  
Y nadie en el mundo lo llegue á saber.”

Aquí de escucharse dejóse el acento:  
Miguel sin aliento llegóse á quedar,  
Y pálida, horrible, su faz se veía,  
Que en su alma sentia terrible pesar.

„¡Dios mio! al fin dijo: piedad! la he matado  
Creyendo manchado mi lecho nupcial:  
Piedad, Dios piadoso, piedad del que ciego,  
No oyendo su ruego, dió el golpe fatal.”

Y aquesto diciendo de llanto anegóse  
Y á los pies echóse del fiel confesor;  
Y todas sus culpas contole rendido,  
Sin dar al olvido su impúdico amor.

El padre absolvióle despues que le oyera;  
Y al punto ácia afuera salieron los dos,  
Despues que el secreto juró guardaria  
El padre que habia servido ya á Dios.



## SEGUNDA PARTE.

### EL AMANTE Y EL CONFESOR.

Desde aqui habeis de volveros,  
No habeis de pasar de aqui.  
P. Calderon de la Barca.

I.

Seis meses han transcurrido  
Desde aquella noche oscura,  
En que á la infeliz María  
Abrió Don Miguel la tumba.  
Seis meses que Laura bella  
No tiene noticia alguna  
De su idolatrada hermana,  
Por quien á todos pregunta;  
Y solo en su pena amarga  
Encuentra grata dulzura,  
En Don Juan su tierno amante,